

PRIMERA LECTURA

Condenémoslo a una muerte infame.

Lectura del libro de la Sabiduría 2,12.17-20

Dicen los impíos:

Tendamos trampas al justo, porque nos molesta y se opone a nuestra manera de obrar; nos echa en cara las transgresiones a la Ley y nos reprocha las faltas contra la enseñanza recibida. Veamos si sus palabras son verdaderas y comprobemos lo que le pasará al final. Porque si el justo es hijo de Dios, Él lo protegerá y lo librará de las manos de sus enemigos.

Pongámoslo a prueba con ultrajes y tormentos, para conocer su temple y probar su paciencia. Condenémoslo a una muerte infame, ya que él asegura que Dios lo visitará.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL 53,3-6.8

R. El Señor es mi apoyo verdadero

Dios mío, sálvame por tu Nombre,
defiéndeme con tu poder.
Dios mío, escucha mi súplica,
presta atención a las palabras de mi boca. **R.**

Dios mío, sálvame por tu Nombre,
porque gente soberbia se ha alzado contra mí,
hombres violentos atentan contra mi vida,
sin tener presente a Dios. **R.**

Pero Dios es mi ayuda,
el Señor es mi apoyo verdadero:
Te ofreceré un sacrificio voluntario,
daré gracias a tu Nombre, porque es bueno. **R.**

SEGUNDA LECTURA

*Un fruto de justicia se siembra pacíficamente
para los que trabajan por la paz*

Lectura de la carta de Santiago 3,16-4,3

Hermanos:

Donde hay rivalidad y discordia, hay también desorden y toda clase de maldad. En cambio, la sabiduría que viene de lo alto es, ante todo, pura; y además, pacífica, benévola y conciliadora; está llena de misericordia y dispuesta a hacer el bien; es imparcial y sincera. Un fruto de justicia se siembra pacíficamente para los que trabajan por la paz.

¿De dónde provienen las luchas y las querellas que hay entre ustedes? ¿No es precisamente de las pasiones que combaten en sus mismos miembros? Ustedes ambicionan, y si no consiguen lo que desean, matan; envidian, y al no alcanzar lo que pretenden, combaten y se hacen la guerra. Ustedes no tienen, porque no piden. O bien, piden y no reciben, porque piden mal, con el único fin de satisfacer sus pasiones.

Palabra de Dios.

Aleluia Cf. 2Tes.2, 14

Aleluia.

Dios nos llamó, por medio del Evangelio,
para que poseamos la gloria de nuestro Señor Jesucristo.

Aleluia.

EVANGELIO

*El Hijo del hombre va a ser entregado.
El que quiera ser el primero debe hacerse el servidor de todos*

El Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Marcos 9,30-37

Jesús atravesaba la Galilea junto con sus discípulos y no quería que nadie lo supiera, porque enseñaba y les decía: «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres; lo matarán y tres días después de su muerte, resucitará». Pero los discípulos no comprendían esto y temían hacerle preguntas.

Llegaron a Cafarnaúm y, una vez que estuvieron en la casa, les preguntó: «¿De qué hablaban en el camino?» Ellos callaban, porque habían estado discutiendo sobre quién era el más grande.

Entonces, sentándose, llamó a los Doce y les dijo: «El que quiere ser el primero, debe hacerse el último de todos y el servidor de todos».

Después, tomando a un niño, lo puso en medio de ellos y, abrazándolo, les dijo: «El que recibe a uno de estos pequeños en mi Nombre, me recibe a mí, y el que me recibe, no es a mí al que recibe, sino a Aquél que me ha enviado».

Palabra del Señor.

----- Exégesis-----

Rudolf Schnackenburg

Segundo anuncio de la Pasión

SEGUNDO ANUNCIO DE LA PASIÓN (9, 30-50). El segundo vaticinio de los padecimientos y muerte de Jesús señala una nueva sección, cuyo destino a la comunidad resulta aún más claro. La conversación con los discípulos «en la casa» (9,33) viene a establecer el marco para una especie de catecismo comunitario, que contiene algunas sentencias de Jesús, diversas por su contenido pero homogéneas por su destino a la comunidad.

Los pequeños fragmentos están eslabonados mediante ciertas palabras nexo, procedimiento antiguo para recordar las sentencias de Jesús y transmitirlos a otros. Esta peculiar composición formada mediante palabras nexo (9,33-50), ciertamente anterior a Marcos, muestra cómo la comunidad recordaba «las palabras del Señor» (cf. Hec_20:35) y las aplicaba a su propia situación. Mateo dispone en parte del mismo material -aunque utiliza una fuente más amplia de sentencias- para redactar una «regla de la comunidad», una instrucción sobre la conducta fraterna en la comunidad de los discípulos (c. 18). La última disposición es ciertamente obra del evangelista.

A través de estas antiguas colecciones de sentencias y de su elaboración por parte de los evangelistas, logramos indirectamente ciertos atisbos sobre la vida de las primitivas comunidades cristianas y observamos cómo los predicadores y maestros -entre los que hay que contar también a los evangelistas- instruían y aconsejaban con palabras del Señor. Se podría estudiar la composición así formada, como un todo o en cada uno de sus elementos particulares; vamos a intentar un resumen con fines de meditación.

a) El segundo anuncio (Mc/09/30-32).

30 Habiendo salido de allí, atravesaban Galilea, y él no quería que lo supiera nadie; 31 porque iba enseñando a sus discípulos, diciéndoles: «El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres, y le darán muerte; pero, después de muerto, resucitará a los tres días.» 32 Pero ellos no comprendían tales palabras; y sin embargo, les daba miedo de preguntarle.

Con la frase introductoria quiere el evangelista hacer el tránsito de los fragmentos que acaba de presentar a un nuevo material de tradición y anunciar la marcha de Jesús hacia Jerusalén. Pues en los capítulos siguientes acentúa la impresión, de una manera

planificada, de que Jesús está en camino hacia la ciudad santa. Según 10,1, llega a la región de Judea y al Este del Jordán; en 10,17 continúa su camino; en 10,32 ya se dice expresamente que la meta es Jerusalén; en 10,46 llega a Jericó; en 11,1 se aproxima a la capital a través de Betfagé y de Betania, y finalmente penetra en Jerusalén y en el templo (11,1).

Los datos geográficos son poco precisos, a veces oscuros y hasta equívocos. Muchas piezas, como la instrucción a las turbas en 10,1, el diálogo con los fariseos en 10,2 ss, la bendición de los niños en 10,13 ss, no encajan en este cuadro; y el cambio de auditorio -el pueblo, los discípulos- confirma la impresión de que las perícopas más bien se han reunido desde unos puntos de vista teológicos. La subida a Jerusalén tiene un significado teológico porque allí debe cumplirse para Jesús el destino de muerte que Dios ha dispuesto sobre él. Los discípulos entran también en ese camino, «Jesús caminaba delante de ellos» (10,32); y la comunidad debe saber que todo esto se lo dice también a ella su Señor mientras se encamina hacia la cruz. Lo cual da a sus palabras una suma gravedad, especialmente si la comunidad debe reconocer en la incomprensión de los discípulos y en su actitud contraria al Espíritu su propia imagen.

Lucas ha dispuesto esta marcha de Jesús a Jerusalén, que el Señor emprende con plena conciencia y santa decisión (Luc_9:51), con una estructuración más vigorosa y mayor carga teológica, bajo la idea dominante de que en Jerusalén se ha cumplido el destino de los profetas y allí debe cumplirse también el del Mesías (cf. 13,32-35).

En el texto presente Marcos hace pasar a Jesús por Galilea, la patria del Evangelio y el escenario de sus obras poderosas, sin detenerse y procurando a toda costa no ser reconocido. Es el abandono definitivo de los lugares en que desarrolló su actividad, la interrupción de su proclama de la salvación, porque ha sonado la hora de que el Hijo del hombre sea entregado y muerto. «Y él no quería que lo supiera nadie.» Nadie puede impedir la marcha de Jesús, nadie puede hacerle volver atrás. A diferencia de lo que ocurría cuando imponía las órdenes de silencio, aquí no oímos nada sobre que se difunda la fama de sus propósitos. Si en los últimos capítulos se vuelve a mencionar o a presentar al pueblo repetidas veces, ello se debe a otras razones expositivas.

Comparado con el primero, sorprende que en este segundo anuncio de la pasión no se mencione el «es necesario», reflejo de la disposición divina. En lugar de eso, se dice categóricamente: «será entregado». El oscuro suceso se ha convertido en una realidad y empieza ahora a verificarse. Jesús ha tomado una decisión y se pone inmediatamente en camino. Pero el misterio, humanamente incomprensible, persiste en toda su dureza opresiva: el Hijo del hombre «será entregado en manos de los hombres». En 8,31 se dijo que sería rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas; es decir, por las autoridades teocráticas del judaísmo. Ahora la forma de expresión es todavía más radical: el Hijo del hombre, llamado por Dios a la gloria (8,38), es entregado a los hombres.

El verbo griego (*paradidomi*: ser entregado) no indica aquí (9,31) expresamente la traición que llevó a cabo uno de los discípulos de Jesús -acción que describe el mismo verbo-, ni la simple entrega a un tribunal humano, sino algo más profundo y vasto: la entrega del Hijo del hombre a la violencia de los hombres... porque Dios lo permite y quiere. Eso es lo que indican la expresión semitizante «en manos de los hombres» y la forma pasiva. Es una fórmula preferida por la primitiva teología cristiana para expresar la muerte expiatoria que Dios dispuso para su Hijo. «Fue entregado por nuestros

pecados, y resucitó para nuestra justificación» (/Rm/04/25). Entregado por Dios, Jesús se entrega personalmente a la muerte (cf. Rom_8:32; Gal_2:20; Efe_5:2). En estos textos late seguramente la idea de la muerte expiatoria y vicaria del siervo de Yahveh, del que se dice en Isa_53:6 : «El Señor le ha cargado sobre las espaldas la iniquidad de todos nosotros», y más adelante: «Su vida fue entregada a la muerte» (Isa_53:12 según la versión de los LXX).

En los anuncios de la pasión todavía no se encuentra el «por nosotros» o «por nuestros pecados»; estos anuncios gravitan por completo en torno a la idea del «rechazado y vilipendiado por los hombres», «entregado en manos de los hombres», lo que equivale a decir en manos de los pecadores (cf. Mar_14:41). La total impotencia del Hijo del hombre, el poder de la maldad humana sobre él, eso es lo que indica el «ser entregado», con alusión clara desde luego al cántico del siervo de Yahveh (cf. también 1Co_11:23).

Los hombres matarán al Hijo del hombre, pero cuando le hayan matado, Dios introducirá un cambio inmediato: le resucitará. La indicación temporal «a los tres días» expresa esta intervención inmediata de Dios (véase el comentario a 8,31). De nuevo los discípulos no comprenden absolutamente nada. Ya no contradicen a Jesús, ni siquiera se atreven a preguntarle, víctimas como son del terror y del pasmo. Sus palabras -el anuncio completo de la muerte por obra de los hombres y de la resurrección- es tan grande e incomprensible, que les invade el asombro, como les había ocurrido después del apaciguamiento de la tempestad (4,41). La palabra de Jesús es intangible, inevitable, como aquella otra que precedió a la negación de Pedro, y que este discípulo recordará amargamente después de su defección (14,72). La comunidad debe saber que Jesús la ha pronunciado refrendando el designio de Dios y descubriendo los pensamientos divinos. Según esta palabra, la muerte de Jesús es un recuerdo indeleble de la malicia de los hombres, y también del poder de Dios.

b) Discusión sobre el primer puesto (Mc/09/33-37).

33 Llegaron a Cafarnaúm. Y estando ya él en la casa, les preguntaba. «¿De qué veníais discutiendo en el camino?» 34 Pero ellos guardaban silencio; porque en el camino habían discutido entre sí sobre quién era el mayor. 35 Y sentándose, llamó a los doce y les dijo: «El que quiera ser primero, que sea último de todos y servidor de todos.» 36 Luego tomó a un niño y lo puso delante de ellos y, abrazándolo, les dijo: 37 «Todo el que acoge a uno de estos niños en mi nombre, es a mí a quien acoge; y quien me acoge a mí, no me acoge a mí» sino a aquel que me envió.»

A pesar de la subida a Jerusalén (cf. v. 30), nos encontramos de nuevo en Cafarnaúm, al Norte de Galilea. Pero el evangelista ha creado este marco para su colección de sentencias, porque Cafarnaúm es la ciudad en que Jesús se halla «en casa» (cf. 2,1), es decir, en la casa de Simón y de Andrés (1,29). Aquí la idea es también ésta: Jesús, en el viaje que ha emprendido hacia el lugar de su pasión y muerte, vuelve una vez más a la «casa» e imparte a sus discípulos nuevas e importantes enseñanzas. La comunidad sabe que es ella también la destinataria de estas palabras de Jesús a los doce.

De camino, mientras el pensamiento de Jesús se sumergía por completo en su pasión, los discípulos han discutido entre sí sobre quién era el mayor; tan lejos estaban del Maestro, tan poco habían comprendido lo que significaba el seguimiento de Jesús. Es el mismo contraste que media entre el primer anuncio de la pasión que hace Jesús y la

oposición de Pedro (8,31 ss). Todos los discípulos son presa de la ideología humana llegando incluso a disputarse el primer puesto. Pero Jesús -eso es lo que indica el evangelista con la pregunta que les dirige- los conoce, y ellos permanecen callados. (...) La observación inmediata de que se sentó -postura propia del maestro (cf. 4,1s; 13,3)- y llamó a los doce, (...) indica (...) que tiene algo especial que decir (cf. 6,7) a los representantes del pueblo de Dios (3,13 ss). Los doce aparecen varias veces como sus compañeros en el camino que le lleva a la muerte (10,32; 11,11; 14,17). Jesús los introduce espiritualmente -y con ellos la comunidad- en ese camino. Se crea así el marco para las palabras que siguen, que el evangelista toma de la tradición.

La sentencia de que el discípulo de Jesús que aspire al primer puesto debe ser justamente el último y el servidor de todos, nos la transmiten los Evangelios en una quintuple redacción; tan importante era para la Iglesia primitiva. En Marcos presenta aún otro tenor literal (grande-servidor, primero-esclavo de todos) después del anuncio tercero de la pasión, cuando los hijos de Zebedeo solicitan de Jesús los primeros puestos en su reino (10,43). Allí presenta un cierto clímax: todavía los discípulos no han aprendido nada, sino que se irritan por la pretensión de sus compañeros (10,41). El logion se repite en aquel pasaje -escogido también con particular intención- de una forma más explícita y fuerte, adquiriendo una motivación más grave al remitirse al ejemplo del Hijo del hombre que ha venido para servir y dar su vida en rescate (10,45). Mateo ha comentado la palabra a su manera (18,14), mientras que Lucas traslada la disputa sobre la primacía al lugar de la última cena (/Lc/22/24-27), con lo que la comunidad puede comprender mejor que esta ley del servicio mira a su propia vida, y muy concretamente a sus reuniones, al banquete del amor con el servicio de la mesa.

En el pasaje que nos ocupa la sentencia no presenta una construcción totalmente regular. «Primero» y «último» ofrece el máximo contraste; pero todavía se añade, a modo de aclaración, «y servidor de todos». Este motivo del servicio aparece en todos los textos, exceptuando Luc_9:48c. La exigencia que Jesús presenta de este modo a cuantos quieran pertenecer a la comunidad de sus discípulos y pertenecerle a él, ataca en lo más profundo el afán de orgullo y poder en el hombre, y trastorna el orden que tantas veces prevalece entre los hombres (cf. 10,42).

Por provocante que pueda resultar la palabra de Jesús, no pretende desencadenar una revolución contra los gobernantes terrenos, sino crear un orden nuevo que refleje el dominio de Dios y permita entrever su reino venidero. Pues, Dios domina por medio de su amor misericordioso, y Jesús ejerce el poder que Dios le ha confiado mediante su servicio. La sociedad de los discípulos y la comunidad futura quedan puestas así bajo una nueva ley, que parece contradecir los hechos de la convivencia humana tal como los presenta a menudo la historia; pero que, sin embargo, constituye la auténtica liberación en la lucha incesante de los hombres entre sí, en la batalla de los intereses de grupo, en la guerra por el dominio y el poder. (...)

Jesús toma a un niño y le pone en medio de los discípulos; le abraza y le acaricia, detalle que Marcos también anota en la otra escena de niños, cuando Jesús los bendice (Rom_10:16). (...) Llama especialmente la atención en nuestro pasaje que un niño sea el representante de Jesús (v. 37b). Atendiendo al verdadero sentido, la escena presentaría una estrecha semejanza con la del juicio final en que Jesús se identifica con los atribulados y los que padecen necesidad (Mat_25:31-46). La Iglesia primitiva ha debido entenderlo así, siendo esto un testimonio en favor de cómo había juzgado la acogida de un niño indefenso y necesitado de protección.

En el contexto actual (...), en que se pone a un niño ante los ojos de los discípulos, no como símbolo de la pequeñez y humildad cual ocurre en Mateo (18,3s), sino como objeto de sus cuidados, la sentencia adquiere un significado distinto. Jesús quiere y acaricia a dicho niño y se declara en favor suyo, cual si quisiera decir a los discípulos: Vosotros aspiráis al primer puesto, pero quien desea pertenecerme debe respetar lo pequeño e insignificante, pues, en un niño así encuentro yo al hombre mismo. Jesús es amigo de los hombres pequeños y despreciados, para quienes el niño es como un símbolo. En consecuencia, Jesús habría puesto aquí ante los ojos de los discípulos de un modo indirecto su propio ejemplo, su propia postura y sus sentimientos personales (de modo parecido a como lo hace en 10,45).

(...)

(SCHNACKENBURG, R., *El Evangelio según San Marcos*, en *El Nuevo Testamento y su Mensaje*, Editorial Herder)

----- Comentario Teológico -----

Mons. Fulton Sheen

La segunda disputa: Cafarnaúm

El segundo anuncio de su muerte, hecho de una manera abierta, tuvo efecto después de la transfiguración y tras haber expulsado a un demonio del cuerpo del muchacho obseso. El Maestro y los apóstoles se dirigían a Cafarnaúm. Los numerosos milagros que el Señor había obrado entre Cesarea de Fillpos y Cafarnaúm habían puesto a los apóstoles en un gran estado de excitación.

Todos estaban atónitos ante la grandeza de Dios
Lc. 9, 43

Los apóstoles empezaron a convertir el poder divino en la esperanza de un reino terrestre y en una soberanía humana, a despecho de las graves lecciones recibidas acerca de la cruz. A nuestro Señor le pareció mal aquella especie de excitación religiosa que quería dejar a la humanidad sin redimir.

*Y maravillándose todos
de todas las cosas que hacía,
Jesús dijo a sus discípulos:
“Poned en estas palabras en vuestros oídos:
Porque el Hijo del hombre
será entregado en manos de los hombres.
Lc. 9, 43-44*

*Le matarán,
y al tercer día resucitará.”
Mc. 9, 30*

Nuestro Señor repitió claramente la predicción del Calvario a fin de que cuando tuviera efecto sus discípulos no flaquearan en su fe o le abandonaran. Con estas declaraciones

repetidas quería también asegurarles que no iba a la cruz por coacción, sino como un sacrificio ofrecido voluntariamente. Ellos miraban con aversión la perspectiva que el Señor ponía antes sus ojos acerca de su muerte; no sólo rehusaba prestar atención a ello, sino que incluso desdénaban preguntar nada a nuestro Señor.

*Más ellos no entendían esta palabra
y les era encubierta,
para que no la entendiese;
y sucitóse entre ellos una disputa.*
Lc. 9, 45

El Segundo anuncio de su muerte y gloria provocó la segunda disputa. Mientras regresaban de Cafarnaúm, estaban discutiendo entre ellos a una distancia tal del Maestro, que éste podía oír lo que decían.

*Y sucitóse entre ellos una disputa,
sobre cuál de ellos sería el mayor.*
Lc. 9, 46.

¡Cuán superficial debía ser la impresión que les causó la alusión que nuestro Señor hizo acerca de su muerte, puesto que todavía discutían acerca de cuál tendría la preeminencia en lo que imaginaban sería una organización política y económica denominada «reino de Dios»! Habían oído al Señor hablarles de sus padecimientos, pero ellos se empeñaban en discutir y disputarse los primeros puestos. Es posible que acentuara esta disputa el hecho de que a Pedro se le hubiera conferido un puesto preeminente entre ellos en Cesarea de Filipos ; tal vez el hecho de que Pedro, Santiago y Juan hubieran sido elegidos como testigos de la transfiguración suscitó también cierto resentimiento entre los apóstoles. El caso es que estaban discutiendo como hacían cada vez que el Señor les revelaba algo concerniente a la cruz.

Conociendo que era inminente la crisis en el momento en que estableciera el reino, se sentían movidos por la ambición. Pero nuestro Señor leía en sus corazones; y cuando llegaron a la casa donde, en Cafarnaúm, solían hospedarse, probablemente la de Pedro,

*Les preguntó:
¿Qué estabais disputando en el camino?
Mas ellos callaron;
porque en el camino habían disputado entre sí
quién era el mayor.*
Mc 9, 32

Aquellas lenguas tan elocuentes por el camino, mientras estaban disputando, permanecían ahora silenciosas al leer el Señor los pensamientos de estos hombres, en tanto sus conciencias los acusaban. La poca atención que habían prestado a las palabras que el Maestro les había dirigido acerca de la cruz podían ser la razón de que no hubieran comprendido por qué aquel hombre lleno de poder —que ellos habían podido observar en sus milagros y en la resurrección de muertos—había de parecerles tan falto de poder. ¿Por qué había de someterse a una muerte de que podía librarse en cualquier momento? Era un misterio imposible de comprender hasta que se hubiera cumplido siguió siendo un escándalo para los incrédulos, entre los judíos y los griegos. Tal como san Pablo escribió a los corintios:

*Porque los judíos piden señales,
y los griegos buscan la sabiduría ;
mas nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos,
y locura para los gentiles,
mas para los que son llamados de Dios,
así judíos como griegos,
Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios.
I Cor. 1, 23s*

Evidentemente, el hombre natural o carnal tendía a recibirle como uno que había venido a dar un código de moralidad; pero aceptarle como uno que venía al mundo como «rescate» por la humanidad requería una sabiduría más elevada. Como sugirió san Pablo:

*El hombre natural
no acoge las cosas del Espíritu de Dios;
porque para él son locura y no las puede conocer,
por cuanto se disciernen espiritualmente.
I Cor. 2, 14*

Esta vez, con objeto de corregir las equivocadas ideas de superioridad de ellos, llamó a sí solamente a un niño.

*Y le tomó en sus brazos.
Mc 9, 33*

Puesto que los apóstoles habían estado disputando sobre quién era el mayor en el reino, nuestro Señor les daba ahora una respuesta a sus ambiciosos pensamientos:

*En verdad os digo que, si no os volviereis
Y fuereis como niños,
No entraréis en el reino de los cielos.
Cualquiera, pues, que se humillare como este niño,
Ése es el Mayor en el reino de los cielos.
Mt 8, 3 s*

Los mayores de todos sus discípulos serían aquellos que se hicieran como niños pequeños; puesto que un niño es como un representante de Dios y de su divino Hijo sobre la tierra. En su reino existía una nobleza, pero opuesta a la del mundo. En su reino uno ascendía cuanto más se abajaba, crecía al disminuirse. Él dijo que no había venido para que le sirvieran, sino para servir. En su propia persona ponía un ejemplo de humillación, consistente en ascender hasta las honduras de la derrota de la cruz. Y como no comprendían la cruz, les invitaba a que aprendieran de un niño a quien Él estrechaba contra su pecho. Los más grandes son los más pequeños, y los más pequeños son los más grandes. El honor y el prestigio no son de aquel se sienta en el lugar principal de la mesa, sino del que se ciñe con una toalla y se poner a lavar los pies de los que son siervos suyos. El es Dios se hizo hombre: el que es Señor de los cielos y la tierra se humilló hasta la cruz; tal era el acto incomparable de humildad que ellos tenían que aprender. Si de momento no podían aprender de Él esta lección, tendrían que aprenderla de un niño.

----- Santos Padres -----

San Juan Crisóstomo

Nueva conversación sobre la pasión

A fin de que sus discípulos no le dijeran: "¿Por qué estamos aquí, en Galilea, continuamente?", el Señor les habla nuevamente de su pasión, pues con sólo oír eso no querían ni ver Jerusalén. Mirad, si no, cómo, aun después de reprendido Pedro, aun después que Moisés y Elías habían hablado sobre ella y la habían calificado: de "gloria", a despecho de la voz del Padre, emitida desde la nube, y de tantos milagros y de la resurrección inmediata (pues no les dijo que había de durar mucho tiempo en la muerte, sino que al tercer día resucitaría), a despecho de todo esto, no pudieron soportar el nuevo anuncio de la pasión, sino que se entristecieron, y no como quiera, sino profundamente. Tristeza que procedía de ignorar la fuerza de las palabras del Señor. Así lo dan a entender Marcos y Lucas al decirnos: Marcos, que *ignoraban la palabra y tenían miedo de preguntarle*; y Lucas, que *aquella palabra era para ellos oculta, para no comprender su sentido, y tenían preguntarle sobre ella*. —Pero si lo ignoraban, ¿cómo se entristecieron? —Porque no todo lo ignoraban. Que había de morir, lo sabían perfectamente, pues se lo estaban oyendo a la continua; mas qué muerte había de ser aquella y cómo había de terminar rápidamente y los bienes inmensos que había de producir, todo eso sí que no lo sabían aún a ciencia cierta, como ignoraban en absoluto qué cosa fuera, en fin, la resurrección. De ahí su tristeza, pues no hay duda que amaban profundamente a su Maestro.

2- CELOS ENTRE LOS APÓSTOLES

En aquel momento, se acercaron a Jesús sus discípulos y le dijeron: ¿Quién es, pues, el mayor en el reino de los cielos? Sin duda los discípulos habían experimentado algún sentimiento demasiado humano, que es lo que viene a significar el evangelista al decir: *En aquel momento*, es decir, cuando el Señor había honrado preferentemente a Pedro. Sin embargo, de Santiago y Juan, uno tenía que ser primogénito, y, sin embargo, nada semejante había hecho con ellos. Luego, por vergüenza de confesar la pasión de que eran víctimas, no le dicen claramente al Señor: "¿Por qué razón has preferido a Pedro a nosotros? ¿Es que es mayor que nosotros? El pudor les vedaba plantear así la pregunta, y lo hacen de modo indeterminado: *¿Quién es, pues, el mayor?* Cuando vieron preferidos a los tres —Pedro, Santiago y Juan—, no debieron de sentir nada de eso; pero cuando ven que el honor se concentra en uno solo, entonces es cuando les duele. Y no fue eso solo, sino que sin duda se juntaron muchos otros motivos para encender su pasión. A Pedro, en efecto, le había dicho el Señor: *A ti te daré las llaves... Y: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás*. Y ahora: *Dáselo por mí y por ti*. Y lo mismo había de picarles ver tanta confianza como tenía con el Señor. Y si Marcos cuenta que no le preguntaron, sino que lo pensaron dentro de sí, no hay en ello contradicción con lo que

aquí cuenta Mateo, Lo probable es que se diera lo uno y lo otro. Y es probable también que esos celillos los sintieran ya antes en otra ocasión, una o dos veces; pero ahora lo manifestaron y lo andaban revolviendo dentro de sí mismos. Vosotros, empero, os ruego que no miréis solamente la culpa de los apóstoles, sino considerad también estos dos puntos: primero, que nada terreno buscan, y, segundo, que aun esta pasión la dejaron más adelante y unos a otros se daban la preferencia. Nosotros, en cambio, no llegamos ni a los defectos de los apóstoles, y no preguntamos quién sea el mayor en el reino de los cielos, sino quién sea el mayor, quién el más rico, quién el más poderoso en el reino de la tierra.

LECCIÓN DE HUMILDAD

¿Qué les responde, pues, Cristo? El Señor les descubre su conciencia, y no tanto responde a sus palabras cuanto a su pasión. Porque: *Llamando a sí—dice el evangelista—a un niño pequeño, les dijo: Si no os cambiáis y os hacéis como este niño pequeño, no entraréis en el reino de los cielos.* Vosotros me preguntáis quién es el mayor y andáis porfiando sobre primacías; pero yo os digo que quien no se hiciere el más pequeño de todos, no merece ni entrar en el reino de los cielos. Y a fe de todos pone un hermoso ejemplo; y no es sólo ejemplo lo que pone, sino que hace salir al medio al niño mismo, a fin de confundirlos con su misma vista y persuadirles así a ser humildes y sencillos. A la verdad, puro está el niño de envidia, y de vanagloria, y de ambición de primeros puestos. El niño posee la mayor de las virtudes: la sencillez, la sinceridad, la humildad. No necesitamos, pues, sólo la fortaleza, ni sólo la prudencia: también es menester esta otra virtud, la sencillez, digo, humildad. A la verdad, si estas virtudes nos faltan, nuestra salvación anda coja también en lo más importante. Un niño, se le injurie, ora se le alabe, ya se le pegue, ya se le honre ni por lo uno se irrita ni por lo otro se exalta.

EL ESCÁNDALO DE LOS PEQUEÑUELOS

Luego, con el fin de dar más energía a su palabra, no sólo la encarece por el premio que promete, sino también por el castigo que amenaza, y así prosigue diciendo: *Y el que escandalizare a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valiera que le colgaran al cuello una piedra de molino de las que mueve un asno y ser hundido en lo profundo del mar.* Así como los que honran a los niños—dice—por amor mío tienen el cielo y hasta una distinción mayor que el mismo reino de los cielos, así los que los deshonoran (porque esto es escandalizarlos) tendrán que sufrir el último suplicio. Y no es de maravillarse que llame escándalo a la deshonra, pues muchos pusilánimes se han escandalizado, y no como quiera, al verse despreciados y deshonrados. Queriendo, pues, el Señor hacer resaltar y encarecer esta culpa, pónelos delante el daño que de ella se sigue. Ese daño, sin embargo, no nos lo declara ya por los mismos términos que el premio, sino que, tomando pie de hechos para nosotros conocidos, nos hace ver lo insoportable del castigo con que amenaza a los escandalizadores de los pequeños. Y es así que siempre que el Señor quiere impresionar más vivamente a gentes rudas, se vale de ejemplos sensibles. Así aquí, queriéndonos poner ante los ojos el grande castigo que habrán de sufrir quienes desprecien a los niños, y herir también la soberbia de esos despreciadores, nos presenta un suplicio sensible: de la muela de molino para hundir al culpable en el mar. En realidad, la ilación de las ideas hubiera sido: "El que no recibiere a uno de estos pequeños, tampoco a mí me recibe". Lo cual ciertamente era peor que el

más duro, de los suplicios. Mas como esto, con ser tan espantoso, no había de conmover tanto a sus discípulos, tan insensibles y rudos, les pone la imagen de la piedra de molino y de la sumersión en el mar. Y no dijo que se le colgaría y una piedra de molino al cuello, sino: *Más le valiera que se le colgara*, con lo que da a entender que castigo que le espera es más grave que eso. Y si eso es ya incomportable, mucho más lo otro. Mirad cómo por uno y otro lado presenta el Señor lo terrible de su amenaza. Primero, haciéndonosla más patente por la comparación con un hecho para nosotros conocido, y luego, por la ponderación que sigue, haciéndonos pensar que su castigo ha de ser mucho mayor que otro visible. Mirad también cómo arranca de raíz todo pensamiento de orgullo, cómo cura todo tumor de vanagloria, cómo enseña a no ambicionar jamás los primeros puestos y cómo, en fin, a quienes los ambicionan les persuade a que busquen último de todos.

RIDICULECES DEL ORGULLO

Nada hay, en efecto, peor que el orgullo. Éste hace al hombre perder su razón natural y le pone fama de loco; o, más bien; él hace al hombre totalmente insensato. Si viéramos a un enano de tres codos que se empeñara en pasar con su talla las montañas y hasta se imaginara que las pasaba y se estirara o si efectivamente sobrepujara ya sus más altas cimas, no tendríamos por qué buscar otra prueba de que el pobre hombre estaba loco. Pues del mismo modo, cuando veamos a un hombre que se hincha de orgullo, que se tiene a sí mismo por mejor que los demás y que considera como agravio tener que vivir entre las gentes, no busquemos ya tampoco nueva demostración de que ese hombre es un insensato. Y hasta es mucho más ridículo que los naturalmente necios, pues él se fabrica voluntariamente para sí esa enfermedad. Y no sólo por esa razón es miserable, sino también porque estúpidamente se precipita en el abismo mismo de la maldad. Porque ¿cuándo ese orgulloso reconocerá como debe sus pecados? ¿Cuándo tendrá conciencia de sus culpas? A la verdad, el diablo se apodera de él y se lo lleva cautivo como a un vil esclavo, y le trae y le lleva, abofeteándole por todas partes, y le cubre de ignominias sin cuento.

San Juan Crisóstomo, *Homilias sobre San Mateo*, Homilía 58, Ed. BAC, Madrid, 1966, pag. 221 – 226

----- Aplicación -----

P. Alfredo Sáenz, S.J.

La humildad

El comienzo del evangelio de hoy nos trae el recuerdo del texto que escuchamos el domingo pasado donde Jesús nos anunciaba su futura pasión, muerte y resurrección. Aquí, como allá, se nos dice que los discípulos nada comprendieron de ese lenguaje, tan duro para la razón, y tan decepcionante para sus esperanzas mesiánicas entendidas en un sentido puramente horizontalista y temporal.

Pero el evangelio de este domingo nos aporta nuevos elementos. En él se nos dice que, luego de atravesar la Galilea, Jesús y sus discípulos llegaron a Cafarnaúm. Y entonces

Jesús les preguntó de qué habían estado hablando durante el camino. Ellos callaron, porque les daba un poco de vergüenza declarar; que habían estado discutiendo sobre quién de ellos era el más grande. Es que seguían entendiendo la misión de Cristo como si fuera una empresa política o social. Entonces se trataba de ver cuál de ellos ocuparía el puesto de primer ministro.

1. LA AUTORIDAD COMO SERVICIO

Jesús es paciente. Nos dice el evangelio que se sentó, llamó junto a sí a los Doce, y los aleccionó: "El que quiera ser el primero debe hacerse el último de todos y el servidor de todos". Lo que dice el Señor acaece en todos los ámbitos. El que pretende ejercer el mando, en cualquier orden de la actividad humana, debe saberse en función de servicio. Porque tener autoridad no es una cosa mala, como a veces parece insinuarse. No implica una actitud de orgullo. Por el contrario. Es estar para los demás. El que, por ejemplo, preside una familia, lo hace en beneficio de quienes integran su hogar. El que preside los destinos de una Nación, es alguien que debe ponerse al servicio de su pueblo. Por lo demás, estar en actitud de servicio en modo alguno significa abdicar la propia autoridad, sino, por el contrario, ejercerla. Porque el servicio específico que le corresponde prestar a la autoridad es precisamente ser tal, ser autoridad de veras. El que no tiene a nadie bajo su mando fácilmente se torna egoísta, fácilmente piensa sólo en sí mismo. En cambio quien tiene a su cargo a otras personas, debe salir de sí, debe pensar en ellos, debe ponerse a su disposición, debe poner su talento de conductor en favor de los conducidos.

Si esto acontece en todos los campos del quehacer humano, con mucha mayor razón debe suceder en la Iglesia, la cual, por lo demás, sigue también en esto el ejemplo de Cristo. El Señor era bien consciente de su señorío, de su autoridad. "¿Tú eres Rey?", le preguntó Pilatos. "Yo para eso nací —le respondió—, para eso vine al mundo". Y, sin embargo, no rehuyó las humillaciones. No desdeñó vivir para los demás, servir a los demás. Por eso el Papa, vicario de Cristo en la tierra, gusta llamarse a sí mismo "siervo de los siervos de Dios". Porque está en función de servicio respecto de todos los miembros de la Iglesia, de todos sus integrantes, que son, también ellos, servidores de Dios.

2. LA VIRTUD DE LA HUMILDAD

Pero al decimos hoy el Señor: "El que quiera ser el primero debe hacerse el último de todos y el servidor de los demás", implícitamente nos está exhortando, a todos, a la virtud de la *humildad* esa virtud tan hermosa, pero cuya adquisición...tanto nos cuesta. Dediquemos, pues, el tiempo que nos resta para decir algo acerca de esta virtud.

La humildad está en el punto de partida de todas las virtudes. Implica tomar conciencia de que lo que tengo de bueno procede de la bondad de Dios. Si acaso soy grato a Dios, es porque primero Él me amó gratuitamente. Por el hecho de que el Señor me ama, por eso me encuentra amable, me ve amable. Decía San Agustín que lo que el hombre hace de malo, eso sí que es propiedad suya; en cambio, lo que hace de bueno se lo debe a Dios; cuando comiences a obrar bien, no lo atribuyas a ti mismo, y al reconocer que no es de ti, dale gracias a Dios que te ha concedido obrar así. De nosotros mismos, principalmente en el orden sobrenatural, no somos capaces de nada. Ni siquiera de decir "Señor Jesús", sin la ayuda del Espíritu, como enseña San Pablo.

Preciosa joya esta virtud de la humildad, cuyo nombre proviene de "humus", tierra, porque supone el sabernos por derecho propio ciudadanos de la llanura, pequeños delante de Dios, como los niños que en todo dependen de sus padres.

Reconocernos pobres, niños y desvalidos, como realmente lo somos delante de Dios: eso es la humildad. "Humildad es andar en verdad" decía Santa Teresa, ubicarse donde corresponde. "Conocerte a ti, Señor, conocerme a mí", anhelaba San Agustín. Para conocerme a mí, nada mejor que conocer a Dios. Mirando su grandeza, mediré el abismo de mi miseria. Humildad que no es pusilanimidad, o sea el reverso de la magnanimidad, sino al contrario, su presupuesto fundamental. Aspirar a cosas grandes confiando en nuestras propias fuerzas, puede que sea contrario a la humildad, pero no lo es que tendamos a ellas poniendo nuestra confianza en el auxilio divino. El hombre se exalta tanto más ante Dios cuanto más se somete a Él por la humildad. Una cosa es ser exaltado por Dios, y otra muy distinta levantarse en contra de Dios: quien ante Él se postra, por Él es exaltado; quien se yergue contra Dios, por Él es derribado.

La humildad consiste, como enseña también Santa Teresa, "en quitar de nosotros y poner". Hacer en nuestro interior un vacío de nosotros mismos para que Dios pueda llenarlo con su presencia. ¿Quién lo hizo mejor que nuestra Madre, la Santísima Virgen María, que de tal modo se vació de sí misma, de tal modo que hizo de sí un pozo, un abismo de humildad, que atrajo no sólo la mirada de Dios sino la presencia misma, la presencia física del Señor? Dios sintió el vértigo de la humildad de María entonces se anidó en su seno, se encarnó en sus entrañas. Por eso Ella es la primera de las creaturas, la reina de todo lo creado. Se hizo la última, la servidora de todos, la esclava del Señor. Y en atención a ello Dios la constituyó primera.

Volvemos así a lo que decía Jesús a sus discípulos: el que quiera ser el primero, habrá de hacerse el último de todos y el servidor de los demás. Puesto que sólo aquel que se haya vaciado de sí mismo y se haya llenado de Dios, será digno de ser el primero. Si tiene que gobernar, lo hará entonces con espíritu de servicio. Ya no se buscará a sí mismo, porque habrá desertado de sus propios gustos, pasiones y ambiciones. Y así será enteramente apto para entregarse a los demás, para ponerse al servicio de los demás. Como la Virgen María, que vacía de sí misma, supo ofrecer al mundo el servicio más extraordinario: dio carne al Verbo y se asoció estrechamente con Él para la redención del mundo. No fue otro sino ella la puerta por la cual Dios entró en nuestro mundo pecador.

Sin duda que a todos nos cuesta mucho la humildad. Casi inconscientemente estamos siempre buscando ser los primeros. Pues bien, si queremos ser realmente los primeros, sigamos el consejo de Jesús, vaciémonos de nosotros mismos, seamos los últimos en espíritu, pongámonos al servicio de los demás.

Al término de este evangelio hemos escuchado cómo Jesús, luego de haber incitado a la humildad, tomando a un niño, lo puso en medio de los discípulos vanidosos y, abrazándolo, les dijo: "El que reciba a uno de estos pequeños en mi nombre me recibe a mí, y el que me recibe, no es a mí al que recibe, sino a aquel que me ha enviado". Al identificarse con ese niño, implícitamente estaba haciendo el elogio de la niñez. Nos estaba invitando a hacernos pequeños, a hacernos como niños, a la infancia espiritual. Nos estaba exhortando a deponer el orgullo, que es causa de estragos en la vida espiritual. Y a revestirnos de entrañas de humildad.

Vamos a continuar el Santo Sacrificio de la Misa, renovación del sacrificio de la Cruz. Precisamente allí, en la Cruz, el Señor, en el más radical de los despojos, vaciado de sí mismo, desnudado por los soldados, ofreció el sacrificio de nuestra redención, que ahora se renueva sobre el altar. Unamos nuestro sacrificio a su Sacrificio. Vaciémonos de nosotros mismos, despojémonos de nuestro orgullo y de nuestros egoísmos. De modo que luego podamos acercarnos a recibir el Cuerpo del Señor que se nos ofrece bajo las humildes apariencias de pan y de vino, así como antaño se mostró a los pastores envuelto en pañales. Cuando penetre en nuestro corazón, pidámosle que allí contemple el espectáculo de nuestra miseria, que experimente el vértigo de nuestro vacío, de modo tal que se sienta inclinado a llenarlo con su plenitud.

Alfredo Sáenz, SJ, Palabra y Vida, *Homilias dominicales y festivas*. Ed. Gladius, 1993.
255- 260

P. Alfonso Torres, S.J.

El anuncio de la pasión

Hay en los tres evangelistas sinópticos una breve narración que sigue inmediatamente al exordio que comentábamos en las últimas lecciones sacras. Aunque esa narración es tan breve, contiene graves y profundas verdades. Quisiera yo que ella nos bastara para la lección sacra de hoy. Aunque en sustancia los tres evangelistas narran lo mismo, cada uno de ellos añade ciertos pormenores propios.

Por esta causa y porque la narración es más breve, vamos a leer lo que nos dice cada uno de ellos. El evangelista San Mateo, en el capítulo 17 de su evangelio, versículos 22 y 23, dice de esta manera:

Y como ellos conversasen en la Galilea, díjoles Jesús: El Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de los hombres. Y le han de quitar la vida y al tercer día resucitará. Y se contristaron en gran manera.

El evangelista San Marcos trae la misma narración de este modo:

Y habiendo salido de allí, iban caminando por la Galilea, y no querían que nadie se enterase. Porque enseñaba a sus discípulos, y les decía que el Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres y le quitarán la vida, y, quitada que le fuera la vida, tres días después resucitará. Pero ellos no entendían lo dicho y temían preguntarle (9,30-32).

La misma narración en el sagrado evangelio de San Lucas, capítulo 9, versículos 44 y 45, dice de esta manera:

Dijo a sus discípulos: Poned vosotros en vuestros oídos estas palabras, porque el Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de los hombres. Pero ellos no entendían este

dicho y estaba para ellos cubierto de un velo, de modo que no percibiesen su sentido; y tenían preguntarle sobre el dicho ese.

Vamos a reunir nosotros estas tres narraciones aprovechando todos los pormenores que nos han conservado los sagrados evangelistas. Para introducción de esta lección sacra vienen muy bien unas palabras que el apóstol San Pablo escribió en la primera epístola a los fieles de Corinto. Les decía de esta manera: *La palabra de la cruz, para los que se pierden*, es decir, para los que van camino de perdición, *es necedad; mas para los que se salvan*, o, lo que es igual, para los que van camino de salvarse, y añadía el Apóstol, esto es, para nosotros, *es la virtud o el poder de Dios* (1 Cor 1,18).

Están estas palabras de San Pablo entre aquellas doctrinas que él dio acerca de su predicación. Como el Apóstol se gloriara que Él no había querido enseñar otra cosa en Corinto, sino a Cristo, y éste crucificado, justificaba su propia predicación mostrando a los fieles la importancia que tenía la palabra de la cruz.

Al oírle a San Pablo la importancia de ese misterio dolorosísimo y terrible, comprendemos nosotros muy bien, primero, que Jesucristo nuestro Señor quisiera repetir tantas veces esta enseñanza y quisiera inculcarla con tanta insistencia; y segundo, que el misterio de la cruz deba ser tema predilecto de nuestras predicaciones, o sea, de las predicaciones de aquellos que tienen que anunciar el santo evangelio.

Vamos a ir comentando esas palabras tan graves, paso a paso, por el mismo orden con que las hemos encontrado en los evangelistas y enlazando los tres que nos las han conservado.

Apuntan dos evangelistas, San Mateo y San Marcos, que el Señor dijo estas palabras en la intimidad a sus propios apóstoles. Había salido de aquella pequeña población situada al pie del monte Tabor, donde, según una tradición antigua, había sanado al joven lunático. Comenzó a caminar por Galilea, pero ocultándose de los hombres. El Señor entonces era perseguido, como ya tuvimos ocasión de ver, y huía de aquellos a los cuales antes había buscado con tanta misericordia y con tanto amor.

En este viaje reservado, oculto, sin que podamos nosotros precisar ni el momento ni el lugar de este episodio que comentamos, dijo el Señor las sentencias gravísimas que hemos oído a sus propios discípulos. Es una de aquellas palabras que todavía no podía mostrar diáfananamente a las muchedumbres, porque no estaban éstas dispuestas a recibirlas; una de esas palabras que, como las pronunciadas en la noche de la cena en la intimidad, forman, por decirlo así, lo más delicado y lo más profundo de las predicaciones del Señor.

Antes de enseñar a sus apóstoles las verdades a que ahora aludimos, les llamó poderosamente la atención. Comenzó su propia frase con estas palabras: *Poned estas cosas en vuestros oídos*. Frases que el traductor latino del evangelio expresó con esta otra: *Poned estas cosas en vuestro corazón*, sin que sepamos nosotros si el traductor latino encontró en el original la frase que él ha puesto o si la confesión de San Pedro o a lo que debieron decir las muchedumbres cuando el Señor libró del demonio al joven lunático.

Aunque estas opiniones sean respetables, parece la más acertada al evangelio aquella otra según la cual el Señor se refiere a lo que va a decirles en seguida. Invita a sus

discípulos en aquella intimidad a que presten la mayor atención a un anuncio, a una sentencia gravísima que Él les va a decir, o, si queréis mejor, que Él les va a repetir. Quería el Señor que aquellas almas percibieran toda la importancia de una enseñanza semejante y que guardaran las enseñanzas en el propio corazón como un gran tesoro.

En la intimidad, llamándoles poderosamente la atención, dice a los suyos que el Hijo del hombre va a ser entregado a los hombres. Va a ser llevado a la muerte, y, después de conducido a la muerte, al tercer día resucitará. No hace más que descubrir, de una manera llana, el misterio de la cruz y de la resurrección. Repite el Señor aquí lo mismo que había dicho a los suyos en otras varias ocasiones, y particularmente después de la confesión de San Pedro. Un anuncio semejante fue el que dio ocasión al santo apóstol para protestar, en cierto modo, de la palabra de Jesucristo; y esa protesta fue la que dio ocasión a una severa reprensión del divino Maestro.

Insiste el Señor en este anuncio por razones que a todos nosotros, que ya hemos recibido la santa fe, nos son fáciles de alcanzar. Se acercaba la hora de la pasión; había que disponer los ánimos para aquel instante a fin de que no flaquearan en la fe y, sobre todo, no faltaran en el amor. Con ese fin de disponer los ánimos, el Señor ahora, cuando se acerca la pasión, repite con más insistencia este anuncio. Además, llevaban aquellos hombres escuchando a Jesús, en público y en privado, más de dos años. Al cabo de ese tiempo debían de estar preparados para aprender esa lección tan difícil, y por eso comienza Jesús a enseñar. Todavía no la aprendieron, y llegará el momento de la crucifixión, y ellos se apartarán de este misterio; pero va el Señor echando una semilla que después, cuando el Espíritu Santo descienda sobre aquellos corazones, germinará y dará gloriosísimos frutos.

Esta es otra razón de anunciarles nuevamente el misterio de la cruz y el misterio de la resurrección. Lo anuncia el Señor con palabras terminantes. Habla de que Él será entregado en manos de los hombres, o lo que es igual, en manos de sus enemigos; y emplea una palabra vaga: *será entregado*, como para dejarnos a nosotros pensar que Jesús es entregado de muchas maneras. Porque le entrega a la muerte el Padre celestial para la salvación de los hombres; se entrega Él mismo por el amor que tiene a las almas; le entrega un discípulo infiel, traicionándole vilmente; le entregan los judíos, su pueblo escogido, por cuya salvación se afanaba Él principalmente en su predicación, y le entregará, últimamente, un representante de Roma cuando le ponga en manos de los verdugos para ser crucificado.

No huirá de las manos de sus enemigos. Allí pacientemente aceptará todo cuanto el Padre celestial quiera, y llegará hasta la muerte, hasta el supremo sacrificio de su vida, y ese supremo sacrificio, entre dolores y humillaciones profundísimas. Pero, cuando haya bajado a ese abismo de las humillaciones y del sacrificio, cuando haya expirado en la cruz, se habrá echado la semilla para la resurrección, y al tercer día, gloriosamente, abandonará el sepulcro y aparecerá refulgente a los ojos de los suyos.

Son palabras, recordadlas bien, porque nos van a servir luego, en que no cabe ni la menor tergiversación y en que no hay oscuridad. No anuncia el Señor su propia muerte y su propia resurrección valiéndose de un símbolo misterioso o de unas palabras figuradas. Anuncia el Señor su propia muerte y su propia resurrección con palabras las más propias y expresivas, como quien ya quiere acabar de descubrir aquellos misterios divinos, como quien quiere rasgar el velo de sombras que hay ante los ojos de los discípulos, como quien quiere que éstos entiendan cuál es la sabiduría de Dios, cuáles

son los designios de la Providencia y cómo ha de terminar aquella obra que Él ha comenzado sembrando la verdad en los corazones de los judíos.

¿Qué aconteció ante este anuncio tan terminante de la muerte y de la resurrección?

Dicen dos evangelistas, San Marcos y San Lucas, que los discípulos no entendieron aquella palabra. Esta afirmación para nosotros es una afirmación oscura, y es oscura porque no entendemos cómo unas palabras tan terminantes pudieran ser desconocidas de los íntimos de Jesús y porque, además, el evangelista San Mateo nos dice que, de oír esas palabras, los apóstoles se entristecieron en gran manera. Si se entristecieron, habían entendido lo que semejantes palabras decían, habían entendido que se hablaba allí de misterios dolorosos de la muerte de su divino Maestro. ¿Cómo, pues, dicen dos evangelistas que los apóstoles no entendieron aquellas palabras?

Los comentadores del evangelio han dado a esta frase evangélica varias interpretaciones. Algunos dicen que entendieron parte de esas palabras, pero no las entendieron todas. Entendieron las palabras en que anunciaba su muerte, pero no entendieron las palabras en que anunciaba su resurrección.

Semejante comentario parece poco probable, porque con la misma claridad con que el Señor habló de su muerte, habló de su resurrección. ¿Cómo entendieron los apóstoles una de esas palabras y no entendieron la otra? Parece una de esas soluciones forzadas como para solventar de cualquier manera una dificultad cuyo nudo no se acaba de entender. Otros piensan que los apóstoles entendieron que el Señor les anunciaba su muerte y su resurrección, pero no entendieron ni los frutos de la muerte ni los frutos de la resurrección; con lo cual, aunque en algún modo entendían esas palabras lo suficientemente para entristecerse, en otro modo no las entendían, porque no profundizaban el misterio que en ellas estaba escondido. Algo más probable parece esta solución; pero como el evangelio no dice que no entendieron los frutos de la muerte ni entendieron los frutos de la resurrección, sino que dice simplemente no entendieron esas palabras, también parece la solución algo violenta.

Piensan algunos que, como los apóstoles estaban acostumbrados a oír a Jesucristo hablar en un lenguaje figurado, quisieron tomar estas palabras en ese mismo lenguaje figurado, y por eso se les hicieron oscuras, no las entendieron; pero es algo inverosímil que unas palabras tan determinadas y precisas pudieran parecer a los apóstoles como palabras llenas de figuras y de misterio, en este sentido que digo.

Parece la solución mejor la que expone uno de los comentadores más doctos del evangelio de San Lucas. Dice así: En toda Escritura hay algo que se llama la letra y hay algo que se llama el espíritu. Así lo hay también en esta palabra del Señor. La letra estaba al alcance de todos; los apóstoles la entendieron; por eso se contristaron; entendieron que se hablaba de morir, y ésta fue la causa de que les invadiera la tristeza. Pero el espíritu era más recóndito, y ese espíritu no lo alcanzaron los apóstoles. Cuando el Señor reprendió a San Pedro después de aquellas palabras suyas en que protestaba de la enseñanza de Cristo relativa a su pasión y a su muerte, apuntó esta idea: que había escuchado el anuncio, no con verdadero espíritu, como guiado por el espíritu del Señor, sino más bien dejándose llevar de la carne y de la sangre.

Aunque estas distinciones de letra y de espíritu para las almas muy carnales no parece que tengan una gran claridad, para vosotros, ciertamente, la tienen. Sabéis muy bien que

las palabras de la Escritura siempre ofrecen ese doble aspecto y que se puede conocer perfectamente la letra de la Escritura sin profundizar en el espíritu de la misma, y, si esto acontece en cualquier página de la Biblia, mucho más en las palabras que comentamos, puesto que, si hay algún misterio hondo, difícil de alcanzar para nosotros, contrario a nuestra prudencia y a lo que llamamos nuestra sabiduría, es el misterio profundísimo de la cruz. Tan difícil es sondear este misterio, que aun aquellos que llevan tanto tiempo buscando el modo de servir a Dios, de entregarse a Dios, después de entender otras muchas verdades relativas a la vida espiritual, están completamente a oscuras en el santo misterio de la cruz. Y, aunque ellos no se atrevan a pronunciar con los labios esta sentencia: *el misterio de la cruz es necedad*, de tal suerte lo van dejando de lado en su vida, de tal suerte van interpretando las cruces que nuestro Señor les envía, que prácticamente van poniendo el mismo comentario que ponen los que están destinados a perecer a esa salvadora palabra de la cruz de Cristo.

Siendo esto así, se explica la frase del evangelio de este modo: los apóstoles entendieron que el Señor les hablaba de su propia muerte; pero no entendieron el espíritu de esas palabras, porque todavía estaban lejos de la sabiduría con que debe entenderse el misterio divino de la cruz. Los apóstoles no alcanzan esa sabiduría después de haber estado más de dos años escuchando al Señor, y de haber insistido varias veces en una doctrina semejante, y haberles dicho que para seguirle a Él no había más que un camino: el camino de negarse cada uno a sí mismo y de tomar su cruz sobre los hombros, y así ir pisando sobre las huellas del Redentor.

Así se explica que los apóstoles no entendieran aquellas palabras; por eso se entristecieron. Precisamente la armonía entre las dos cosas que parecen contrarias en el evangelio está ahí. Si ellos hubieran entendido que, al anunciarles el misterio de la cruz, les anunciaba el gran misterio de las misericordias divinas y del amor divino, que aquellas palabras significaban la suprema efusión de amor que había en el corazón de Jesucristo, es verdad que hubieran sentido alguna tristeza, pero esa tristeza hubiera sido el fundamento para la mayor de las consolaciones. Porque no hay consolación que pueda compararse con la consolación de sentirse amado de Cristo y de ver que las misericordias del Señor son para los hombres. ¿Hay algo que así pueda alegrar nuestro corazón como esta consideración de las misericordias divinas y del amor divino?

Este no entender, que es el propio de los apóstoles, nos alcanza a todos. ¡El misterio de la cruz! ¿Cuántas almas lo entienden? Sólo el soportar con relativa paciencia y mansedumbre, con la indispensable humildad, las cruces que el Señor nos envía, es para nosotros un enorme trabajo. ¿Qué será penetrar en este misterio de la cruz hasta descubrir ahí la sabiduría de Dios, la virtud y el poder de Dios que nos salva, la misericordia divina, el amor de Dios, de tal manera que el alma haga su nido en ese árbol santo de la cruz? Pocas almas acaban por sondear ese misterio profundísimo, que es el misterio corona de la vida de Jesucristo y de la obra de nuestra redención.

Los apóstoles, además, estaban ciegos y no entendían, y dice el sagrado evangelio que esta palabra estaba para ellos como cubierta por un velo. Dios nuestro Señor les predicaba esa palabra. Todavía no llegaba a iluminarles el corazón, como lo iluminó el *día de Pentecostés*, para que ya penetraran en esa divina sabiduría; pero no les ilumina Dios el corazón porque aquellos corazones no estaban dispuestos. Para entender el misterio de la cruz hace falta ir despojando antes el propio corazón de todo aquello que al misterio de la cruz se oponga. Mientras el corazón no se va ejercitando con la gracia divina en ese amoroso despojo, el corazón no entenderá el misterio sacrosanto de que

ahora hablamos. Y los corazones de los discípulos todavía eran corazones mundanos, corazones llenos de vanidad, corazones que tenían fe en las cosas que el mundo ama. Todavía confiaban en esas cosas incluso para la obra del apostolado, y pronto les hemos de ver discutiendo entre sí acerca de primacías muy opuestas al espíritu del Evangelio. Eso era como un velo que les cubría los ojos, como una nube que los oscurecía; eso era algo que estorbaba para que penetrara en sus corazones la palabra salvadora de la cruz de Cristo.

Pero, cuando estaban tratando de interpretar estas palabras de Jesucristo, pensaron interrogarle acerca de ese misterio que tan tenebroso les parecía y que tantas veces les había descubierto el Señor, y dice el sagrado evangelio que no se atrevían a interrogarle. No le interrogaron; y, sin duda, no le interrogaron por todas estas causas que vais a oír: primero, porque temían decir alguna inconveniencia. Cuando San Pedro contestó al Señor a su anuncio de la pasión, mereció ser reprendido. Segundo, porque temían encontrar allí algo muy doloroso. Aunque ellos no profundizaban aquel misterio, entendían lo suficiente para saber que aquello era sacrificio y dolor, y, ante el temor de que se les revelara algo muy doloroso, que les hiciera sufrir y sacrificarse, huían de interrogar. Tercero, porque les faltaba amor. Si hubieran tenido amor a Jesucristo, al ver que Él insistía tantas veces en el anuncio de su cruz y que lo tenía tan grabado en su corazón, no hubieran podido vivir tan lejos de su divino Maestro, tan apartados espiritualmente de Él, ignorando lo que Él tanto amaba y tan frecuentemente les predicaba. Que es lo que acontece con frecuencia a las almas.

Mirad esta verdad: nuestra santificación está en la cruz. Es una verdad que naturalmente entendemos todos y que naturalmente repetimos todos, y todos la repetimos de continuo. La santidad está en la cruz; y, aun las personas que hablan menos de la cruz y tienen menos de esta sabiduría celestial que en la cruz se encierra, cuando tienen que hablar en el evangelio de Jesucristo de la palabra de la cruz, anuncian esa ceguera y tibieza. Oímos muchas veces esa palabra, creemos entenderla; se nos habla del Calvario, se nos habla del amor de Jesucristo, pero notamos en nuestra vida que esa palabra no ha entrado en nuestro corazón. Si hubiera entrado, no huiríamos con tanto horror de la cruz, no la recibiríamos con tantas protestas, con tan poca humildad y con tan poca mansedumbre. Si entiendiéramos esa palabra, la amaríamos como la han amado todos los que la entendieron, recorreríamos siempre el camino fervoroso de los santos y no sabríamos vivir fuera de la cruz de Cristo; anunciaríamos a Él y le amaríamos a Él, pero siempre crucificado. Y, como estamos tan lejos de estas cosas, ellas nos dan a entender que comprendemos la letra de esa palabra, pero no hemos conseguido todavía penetrar en su espíritu con sabiduría celestial.

¿Qué han de hacer entonces las almas? ¿Enmudecer por el temor de que Jesucristo les anuncie algo muy doloroso y que signifique sacrificio? ¿Huir de la palabra de Cristo y no pedirle que la esclarezca, para librarse así de los tormentos y de los dolores? Este es el camino absurdo de las almas sin amor y de las almas cobardes. Lo que han de hacer las almas es penetrar ese misterio. Porque el misterio de la cruz es tan impenetrable, y al mismo tiempo es tan fundamental y tan divino; porque el misterio de la cruz es palabra de sabiduría y es virtud de Dios para aquellos que se salvan, como diría San Pablo hablando de sí mismo y de sus hijos; pero nosotros, porque sabemos que éste es el supremo amor que hay en el corazón de Cristo, no deberíamos descansar, y deberíamos estar interrogando siempre al Señor, interrogando con insistencia insaciable, hasta que el Señor se dignara descubrirnos ese misterio salvador y amorosísimo.

¡Ah si las almas que oyen tantas veces hablar del misterio de la cruz no tomaran estas palabras como una de tantas fórmulas espirituales que hay que repetir cuando se habla de Jesucristo! ¡Ah si las almas no se contentaran con conocer la letra de esa frase divina, y con ansia, con afán, buscarán penetrar en ese misterio del amor y alcanzar esa sabiduría divina que les descubriera ese misterio! ¡Cómo hallarían el camino corto para llegar en seguida a la santidad; cómo aprenderían a negarse a sí mismas; qué vida espiritual tan fundada, y tan sólida, y tan incontrastable sería la suya; qué cerca se encontrarían de Jesús!

Si alguna vez puede decirse que nuestro corazón late a impulsos del amor de Jesucristo y que hay en nosotros los mismos sentimientos que había en Cristo Jesús, es cuando en nosotros hay el amor a la cruz que en el corazón de Cristo palpitaba. No hay nada que se acerque a Jesucristo como ese entender y ese amar su divina cruz, y hasta podemos decir que ésta es nuestra gloria. Porque el Señor quiso juntar en este anuncio la muerte y la resurrección, no sólo para dar fortaleza a los suyos, sino para hacerles entender que la semilla de la resurrección es la cruz y la semilla de nuestra gloria es nuestra cruz. De modo que, al hablarnos de la cruz y de la muerte de nosotros mismos, nos está hablando de corona y de triunfo, de misericordias y de amor infinito; y quien levanta los ojos y contempla ese amor infinito y esas misericordias, esas coronas y esos triunfos, aunque en su camino se atraviere la cruz de Cristo, no se detiene: toma esa cruz sobre los hombros, comienza a caminar con ardimiento por las sendas de la verdadera virtud, y no descansa hasta haber penetrado en el corazón de nuestro Redentor divino y hasta que llegue el día de ir triunfalmente a recibir el premio de esa cruz en los cielos.

Alfonso Torres, SJ, Lecciones Sacras, Lección IV, BAC, Madrid, 1968. pag. 522-322

----- Guión -----

Guión XXV Domingo del Tiempo Ordinario
(22 de septiembre de 2024)

Entrada: Jesús camina consciente y libremente hacia el destino que el Padre le ha preparado. Sólo aquel que, como Cristo, se hace siervo y esclavo de todos construye la Iglesia, porque la verdadera grandeza consiste en hacerse pequeño, dócil a la voluntad de Dios y entregado a las necesidades de los hermanos.

Primera Lectura: Sb 2,12.17-20

El justo, por su conducta, es un continuo reproche para el impío por el amor y confianza que tiene en Dios.

Segunda Lectura: St 3,16-4,3

La Sabiduría mora en los que procuran quitar la discordia y la disensión e instaurar el reino de los cielos buscando la paz.

Evangelio: Mc 9,30-37

Nuestro Señor nos enseña que, en el Reino Mesianico, es primero el que busca el último lugar y se hace servidor de todos.

Preces:

Ante Dios todos somos indigentes. Acudamos a él con la humildad y la confianza con que los niños acuden a sus padres.

A cada intención respondemos cantando:

- Por el Papa Francisco y todos los Obispos de la Iglesia, para que con su doctrina y su conducta irradien el amor con el cual el Buen Pastor entregó su vida por la salvación del mundo. Oremos.
- Por el diálogo interreligioso, para que se cultive entre los credos el respeto mutuo, esforzándose por crear ambientes de paz y solidaridad dentro de la familia humana. Oremos
- Por los jóvenes, para que con entusiasmo respondan a la Palabra de Cristo convencidos de que en la fe en Él, se encuentra el camino para alcanzar la felicidad eterna. Oremos.
- Por los que sufren y por los que están desalentados, para que sepan aceptar el dolor que redime conscientes de que la fortaleza en el sufrimiento proviene de la Pasión de Cristo. Oremos.
- Por todos los que nos hemos reunido en torno al altar, para que imbuidos del mensaje evangélico depongamos toda arrogancia y nos hagamos siervos de nuestros prójimos. Oremos.

Dios nuestro, purifica y protege a tu Iglesia con misericordia continua; y pues sin tu ayuda no puede mantener su firmeza, que tu protección la dirija y la sostenga siempre. Por Jesucristo nuestro Señor.

Ofertorio: La humillación de Cristo crucificado nos eleva y nos dignifica haciéndonos agradables a Dios. A Él nos ofrecemos, y presentamos:

***Incienso**, y nuestra oración incesante por la salvación de los hombres.

***Pan y vino**, para que en el ara santa sean transubstanciados en el Cuerpo y la Sangre de Cristo nuestro Redentor.

Comunión: Cristo se une a nosotros a través de la fragilidad de la Sagrada Hostia para enseñarnos la paradoja de que en la debilidad encontramos su fuerza.

Salida: Que la Virgen Santísima nos haga saborear la dulzura de sabernos niños en los brazos de Dios, confiados en su poder, abandonados en su infinito Amor.

----- Ejemplos predicables -----

Nuestra humildad

Nuestra humildad es muchas veces la humildad del tordo. Al tordo le preguntaba una vez un pájaro y le decía:

- ¿Es verdad lo que dice todo el pueblo, que eres un aprovechado, y pones tus huevos para no trabajar en nidos que no son tuyos?

- ¡Qué barbaridad! –respondía el tordo-; ¿qué va a ser verdad? ¿es posible que hagas caso de habladurías de pueblo?

- Pues también dice todo el pueblo que eres un profeta y anuncias con tu canto los años que va a vivir cada uno. ¿Es verdad?

- Claro que lo es –respondía el tordo- ¿Es posible que lo dudes? Cuando todo el pueblo lo dice será cierto.

Humildad del tordo suele ser la nuestra, mis hermanos: si nos alaban, es verdad; cuando lo dice la gente...Pero si nos sacan los defectos, nada es verdad; ¡quién hace caso de habladurías de pueblo!

(**ROMERO, F.**, *Recursos Oratorios*, Editorial Sal Terrae, Santander, 1959, p. 105)